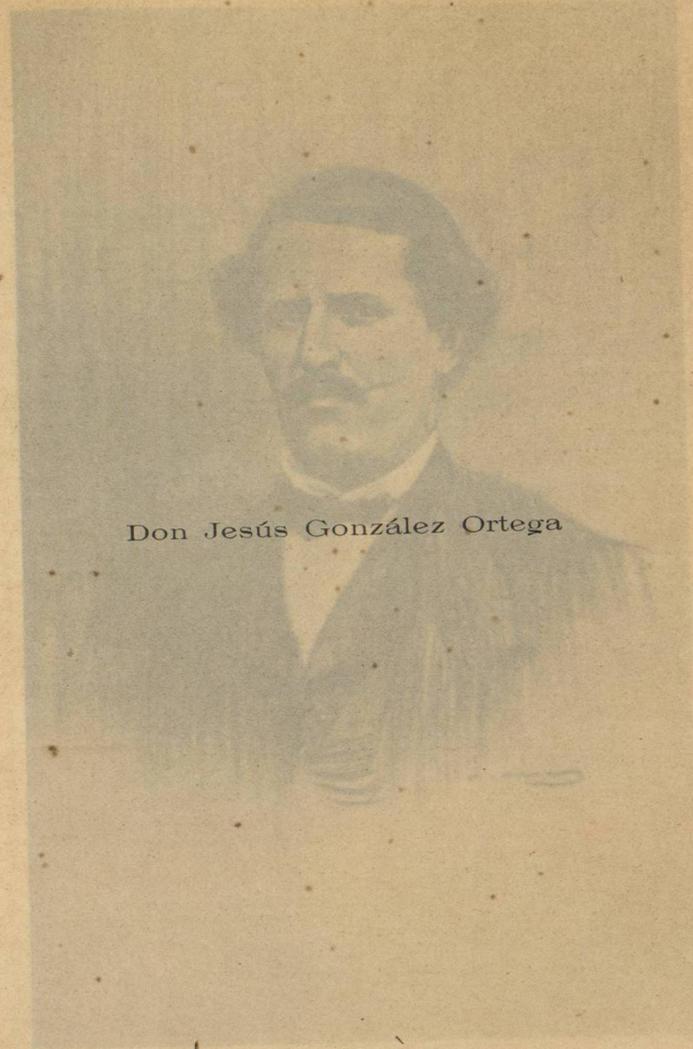


nónigos que visitaban su casa, ese papel singular de rey merovingio, de rey FAI-NÉANT á que había tenido que someterse, y después del fracaso de Veracruz todos le dijeron y el mismo Zuloaga debió decirse: «Para esto, me basto y me sobro; no hay necesidad de Presidente substituto; si se trata de ser derrotado, yo puedo serlo como otro cualquiera; venga, pues, mi presidencia, la recojo y pase EL JOVEN MACABEO al depósito de oficiales.» No contaba con el carácter del joven macabeo, que respetaba LAS FÓRMULAS cuando él mismo las había FORMULADO y mientras no le estorbaban. En tal virtud se pronunció (un pronunciamiento íntimo, de casa) contra Zuloaga y se hizo popular entonces esta anécdota: Miramón había ido en persona á buscar á Zuloaga, lo había hecho montar á caballo y, azuzando á la cabalgadura al partir para el Bajío, le había dicho: «Voy á enseñar á V. cómo se ganan las presidencias.»

¶ El partido conservador, que en el fondo era zuloaguista, quedó estupefacto; pero el partido reactor exaltado sintió renovarse su fe en el intrépido caudillo y en su destino. Era una insensatez; lo que iba Miramón á enseñar á Zuloaga no era cómo se ganaban las presidencias, sino cómo se perdían. El ministro inglés Mathews hacía tiempo estaba convencido de que no había acertado reconociendo al Gobierno nacido del Plan de Tacubaya, cuando el de Juárez proclamaba la libertad religiosa, que era la imperiosa exigencia del primer ministro de S. G. M., Lord J. Russell, y en la decisión de Zuloaga encontró una coyuntura para asumir la actitud á que aspiraba; por sugestión suya se reunieron los representantes extranjeros domiciliados en Méjico (de Francia, de Guatemala, del Salvador, de Prusia) en las oficinas de la legación británica, y declararon, cosa en verdad inusitada, que no había Gobierno legalmente constituido con quien entenderse y que se limitarían, en espera de los acontecimientos, á proteger oficiosamente los intereses de sus nacionales. Éste fué un acto claro de intervención pasiva, digámoslo así. Desde el momento que el Gobierno de Miramón, á pesar de ser un Gobierno de hecho, podía ser desconocido por los representantes extranjeros, éstos se veían obligados á investigar cuál era el Gobierno de derecho, y esto era una intervención en nuestros asuntos interiores en forma diplomática; eso era lo que los Estados Unidos habían hecho en realidad reconociendo á Juárez en Veracruz; pero ellos procedían así en virtud de una tradición: el Gobierno reconocible para el pueblo norteamericano es el que está sentado sobre una Constitución, no el que tiene por parapeto UN CUARTELAZO. Sólo á falta del primero han acostumbrado reconocer al segundo.

¶ Profundamente enconado contra Mr. Mathews, el general Miramón siguió su camino. Para operar una gran concentración de fuerzas en el Bajío necesitaba abandonar todas las capitales distantes; dictó sus órdenes en ese sentido y el general Ramírez, con toda la guarnición de Durango, más de tres mil hombres, se dispuso á tomar el rumbo de Zacatecas y de Guadalajara. Á Guadalajara se dirigió Miramón á marchas forzadas con cosa de seis mil hombres, y sus correos apremiaban á Woll para que resistiese, reduciendo el perímetro de la defensa, dos ó tres días siquiera. Por eso cuando llegó Uraga, antiguo compañero de armas del viejo oficial francés que tantos años hacía prestaba sus servicios en nuestro

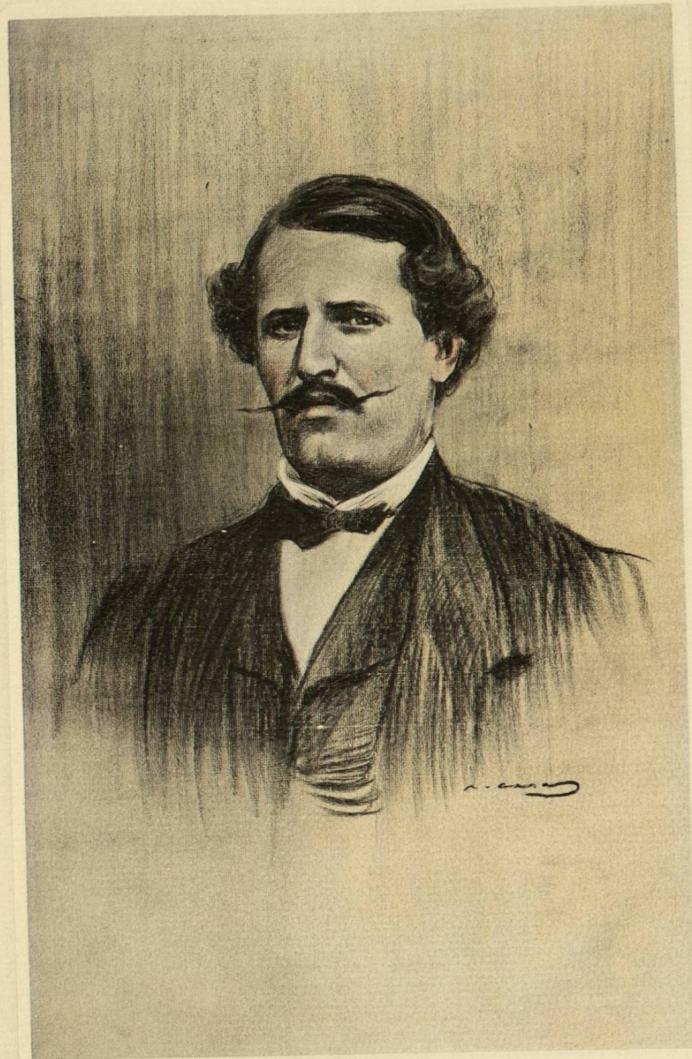


Don Jesús González Ortega

hombres que vestían su cast. ese papel sin duda de rey merovingio, de rey rasi-  
vante á que había tenido que someterse, y después del fusilado de Veracruz to-  
dos le dieron y el mismo Zuloaga debió decir: «Para esto, me bastó y me  
sobró; no hay necesidad de Presidente sustituto: si se trata de ser derrotado, yo  
puedo serlo como otro cualquiera; tengo, con mi presidencia, la recojo y pase  
en ~~mi~~ ~~casaca~~ al depósito de oficiales. Yo contaba con el carácter del joven  
Macabeo, que respetaba LAS FÓRMULAS cuando él mismo las había formulado y  
mientras no le estorbaban. En tal virtud se pronunció (un pronunciamiento  
intimo, de casa) contra Zuloaga y se hizo popular entonces esta anécdota: Mira-  
món habla ido en persona á buscar á Zuloaga, lo había hecho montar á caballo  
y, azuzando la cabalgadura al partir para el Bajío, le había dicho: «Voy á ense-  
ñar á V. cómo se ganan las presidencias.»

El partido conservador, que en el fondo era zuloaguista, quedó estupefacto;  
pero el partido radical existió, volvió renovarse su fe en el intrépido caudillo y  
en su destino. Era una esperanza, lo que iba Miramón á enseñar á Zuloaga no  
era como se pasan los días, sino como se perdían. El ministro inglés  
Mathews hacia tiempo que se había dado cuenta de lo que había acertado reconociendo  
al Gobierno nuncio del Papa de Roma, cuando el de Juárez proclamaba la  
libertad religiosa, que era la intención de aquel ministro de S. G. M.,  
Lord J. Russell, y en la decisión de Zuloaga en una coyuntura para asumir  
la actitud á que aspiraba; por sugerencia suya se reunieron los representantes ex-  
tranjeros domiciliados en México y en la Legación Británica, del Salvador, de  
Honduras, en las oficinas de la legación británica, y declararon, cosa en verdad in-  
esperada, que no había Gobierno legalmente constituido con quien entenderse y que  
se mantenían, en espera de los acontecimientos, á proteger oficiosamente los in-  
tereses de sus nacionales. Este fue un acto claro de intervención pasiva, digámoslo  
así. Desde el momento que el Gobierno de Miramón, á pesar de ser un Gobierno  
de hecho, había sido reconocido por los representantes extranjeros, éstos se veían  
obligados á intervenir en el Gobierno de derecho, y esto era una intervención  
en contra de sus intereses en tanto diplomática; eso era lo que los Estados  
Unidos habían hecho en México al reconocer á Juárez en Veracruz; pero ellos  
procedían así en virtud de una tradición, el deber reconocido por el pueblo  
norteamericano es el que está reconocido por el pueblo mexicano, que tiene por  
parapeto en Matamoros, como á uno de los grandes héroes de la guerra, al reconocer  
al segundo.

Profundamente conmovido contra el Gobierno de Miramón, el general Uruga siguió su  
camino. Para operar una gran concentración de fuerzas en el Bajío necesitaba  
abandonar todas las plazas de frontera; dictó sus órdenes en ese sentido y el ge-  
neral Beltrán, con una división de Durango, más de tres mil hombres, se  
dirigió á ocupar á Orizaba, Toluca y de Guadalupe. A Guadalupe se di-  
rigió Miramón, á marchar á la cabeza con más de seis mil hombres, y sus corrientes  
se dirigieron á Orizaba para ser recibidos, reduciendo el perímetro de la defensa.  
Por eso cuando llegó Uruga, antiguo compañero de armas  
de Miramón, que tantos años hacía prestaba sus servicios en México



ejército permanente y que, en realidad, se había distinguido siempre por su pundonor, su apego á los deberes militares y su espíritu profundamente religioso, sus intimaciones no hicieron mella alguna. El jefe de la plaza las hizo á un lado con caballeresca cortesía y no hubo otro recurso que organizar un asalto. El alma de esta empresa fué el general Leandro Valle, que, como cuartel maestro de la división de Jalisco, se había multiplicado para dotarla de todos sus útiles de guerra; pero había muchas deficiencias todavía y resultaron á la hora suprema del combate. No había otro recurso que librarlo; porque salir al encuentro de Miramón con igual número de combatientes que el que este general traía, era poner muchas probabilidades en contra; pero salir dejando á la espalda una ciudad bien guarnecida y que era preciso vigilar cuidadosamente empleando en ello una sección de tropa, que habría significado precisamente la inferioridad absoluta de los reformistas en el campo de batalla, era poner todas las probabilidades en contra. Lo prudente acaso habría sido reconcentrarse en el Sur de Jalisco, esperar allí la reunión de las fuerzas que combatían en Tepic y que en esos días desbarataban á los reaccionarios y á Lozada, y librar una batalla con fuerzas muy superiores á las que venían de Méjico. Uruga prefirió el asalto, que fué furioso, salpicado de episodios heroicos; el general Woll, como lo dijo en su parte oficial, tuvo que reconocer el valor desesperado de los asaltantes; por desgracia, las líneas de la defensa no habían sido previamente desbaratadas ó maltrechas por los cañones reformistas, y resistieron con extraordinaria firmeza. Una herida grave inutilizó al general en jefe, que quedó prisionero, y el ejército tuvo que retirarse al Sur del Estado bajo los cuidados de Zaragoza y de Valle; la retirada fué perfecta. Miramón había llegado á Guadalajara fuera de tiempo para transformarla en derrota.

¶ Mientras el órgano resonaba de nuevo en las iglesias y se elevaban los cánticos de los fieles, no al Dios de paz, sino al de la guerra civil, y salía el olor del incienso á mezclarse con el vaho de sangre en las calles, Guadalajara, llena de atrincheramientos y de restos abandonados del rabioso destrozo del asalto, esperaba días peores, días infernales. Miramón, llevando en su impedimenta á su presidente Zuloaga, como en su séquito los antiguos MAIRES DU PALAIS á los pálidos reyes de la primera dinastía, marchaba impetuoso sobre Ogazón y se paraba en Sayula. Ogazón, Zaragoza y Valle estaban ya listos para el encuentro, porque se habían reunido á ellos con Rojas, el general Plácido Vega y el coronel Corona: cerca de cinco mil hombres con buen armamento y artillería. Miramón supo esto y vaciló en atacar, y algunos días después retrocedió rápidamente sobre Guadalajara. El último acto comenzaba.

¶ Comenzó en Peñuelas; González Ortega, un periodista saturado hasta los tuétanos de retórica revolucionaria, un tribuno de frases sonoras y dudosa elocuencia, pero audaz, arrebatado, lleno de fervor y exaltación, poeta á ratos, profundamente sensual y galante, pero capaz de actos de suprema energía en el campo de batalla y de generosidad suprema en el campo de victoria, González Ortega, jefe de guardia nacional, diputado y al fin gobernador de Zacatecas, tomó en Peñuelas un puesto conspicuo en la historia. Él, el furibundo cleróforo, el perseguidor de curas, á quienes mandaba filiar, rapar y marchar á veces; el terror de

los obispos, el que hacía enmudecer los campanarios y convertía en plata los soles de las custodias y en leña para las fogatas del vivac las santas esculturas, no sólo batió al general Ramírez, que venía de Durango á reforzar á Miramón, aniquilando su bien organizada división, sino que, á ejemplo de Uraga, perdonó á todos los oficiales prisioneros, como si obedeciese á súbita inspiración, como si se ocupase más de lo porvenir que de lo presente, como si en vísperas de pasar el Mar Rojo para llegar al triunfo definitivo, un soplo caliente de piedad por la Patria hubiese derretido su corazón de poeta é intentase desarmar las manos de los adversarios, para hacer más fácil el abrazo con que pudiera concluir aquella brega de Cañes.

☛ Llegó el rumor del desastre á Miramón, luego la noticia clara, y presintiendo la aglomeración de un ejército reformista que le cortara el paso en la boca del Bajío, reunió cuantas fuerzas pudo para no dejar desguarnecida Guadalajara, puesta al cuidado de un oficial de primer orden, sectario implacable, aunque sin ostentación y sin brillo, D. Severo del Castillo, y tomó la vuelta de Méjico, no sin remolcar en un furgón de campaña á su presidente Zuloaga, que por cierto se eclipsó en León, dejando desconcertado á Miramón, que tuvo que recurrir á su pseudo Consejo de Estado; éste lo rehizo presidente sin adjetivos, sin substituto ni INTERINO. ¡Singular presidencia que cabía entera en la vaina de un sable!

☛ Al mediar Junio, González Ortega había triunfado en Peñuelas; diez ó doce días después, Miramón, con una marcha prodigiosamente acelerada, estaba en Guadalajara, y á poco tiempo con una división de tres ó cuatro mil hombres se situaba en Lagos. Juzgando desde aquí y en vista de los acontecimientos, puede decirse que sus errores estratégicos fueron magnos; el lugar estaba bien elegido para poder batir á una de las más importantes secciones reformistas antes de que se pudieran reunir todas. Si en vez de querer conservar una situación política que él mismo juzgaba imposible casi, se hubiese propuesto sólo infligir á los constitucionalistas una ó dos sangrientas derrotas, para hacerlos entrar en convenios, y salir del poder, no como un proscrito amenazado de muerte, sino como un capitulado con los honores de la guerra, debía haber sacrificado á Guadalajara, que era inútil querer conservar si era derrotado, y con seis ó siete mil hombres de sus excelentes tropas tratar de desbaratar á González Ortega, que aun no había podido reunirse ni con Berriozábal ni con Doblado, y con su ímpetu habitual volverse sobre Zaragoza.

☛ No lo hizo así; mientras Zaragoza y Ogazón perdían todo el mes de Julio por la carencia absoluta de recursos y luchaban con las fuerzas de Sinaloa, que á todo trance querían retirarse á Manzanillo y Mazatlán, Miramón permaneció en Lagos y, alejándose de Guadalajara cada vez más, se replegó á León en los primeros días de Agosto, al sentir la aproximación de Zaragoza. Este jefe se acercaba con una división importante, pero tal vez inferior á la de Miramón, á Lagos; la cita con González Ortega era en León, es decir, en el surco fresco de los cañones de Miramón. Éste, con seguridad, había perdido el resorte de sus grandes días de Aqualulco, la Estancia y San Joaquín: desconfiaba de sí mismo.

☛ Gracias á una estratagema que ha sido fielmente narrada, toda la división de

Jalisco había amenazado á Guadalajara; el general Castillo había dispuesto en las afueras de la ciudad á la batalla del día siguiente. En el peso de la noche Zaragoza se había desprendido con sus fuerzas y, marchando rápidamente á campo traviesa para alcanzar la carretera de Méjico (el 1.º de Agosto), se había puesto fuera del alcance de Castillo; entonces éste se reconcentró en Guadalajara, y Ogazón y Vega se volvieron á Santa Ana Acatlán en espera de los sucesos.

☛ Reunidos ya González Ortega, Zaragoza, Berriozábal, Doblado, el 9 avistaron á Miramón resuelto á librar batalla en Silao; porque si no, su retirada se habría convertido en desbandada completa, perseguido por más de diez mil hombres. El mes anterior, él quizás habría podido escoger su campo de batalla; ahora se lo imponían. Lalanne en sus pintorescas narraciones de guerra ha descrito, ha sabido dar palpitante interés á la descripción de la rápida batalla de Silao; la victoria reformista fué completa. La infantería, la artillería y casi todas las oficialidades reaccionarias cayeron en poder de González Ortega; Miramón escapó por casualidad y logró reunirse á algunos grupos de caballería en fuga.

☛ Fiel á su propósito, González Ortega puso en libertad á los oficiales prisioneros, á pesar de que algunos de ellos eran de los perdonados en Loma Alta y Peñuelas; esta vez, Degollado, en medio de los plácemes más efusivos por el triunfo y probablemente obedeciendo á reflexiones perfectamente sensatas que de Veracruz le venían, marcó el alto al generoso capitán. Éste había dicho noblemente:

☛ «Si en lo sucesivo las exigencias de la época y la contumacia de nuestros enemigos nos obligan á levantar cadalsos, la opinión pública nos hará justicia, cuando con hechos que hablan muy alto hemos demostrado que no deseamos derramar sangre, ni la prolongación de una lucha fratricida, sino el establecimiento de la paz y de los principios de verdadero progreso y libertad en nuestra Patria.» «Nadie comprende mejor que yo los sentimientos de Ud.,» contestó Degollado, «son los míos y apruebo su conducta; pero como muchos de estos hombres, lejos de agradecer los beneficios, reinciden y nos befan, prevengo á V. E. que para lo sucesivo, bajo su más estrecha responsabilidad y sin lugar á consulta de este cuartel general, mande pasar por las armas á todos los generales, jefes y oficiales reincidentes que vuelvan á aprehenderse, en cumplido obsequio de la ley de 6 de Diciembre de 1856.»

☛ El ejército emprendió su marcha victoriosa sobre Méjico; pero andando, las reflexiones menudearon y las vacilaciones les fueron consiguientes; si el azar de la guerra traía un descalabro gracias al desesperado esfuerzo que haría Miramón para salvarse, prolongando un sitio en Méjico, Guadalajara era una seria complicación á retaguardia; valía más acabar primero con este enemigo y volver sobre la capital, que entonces no podría resistir. Degollado ordenó la contramarcha de Querétaro á Guadalajara; mas el ejército, para hacer ese vasto movimiento necesitaba cuantiosos recursos; las poblaciones estaban completamente agotadas, las deserciones se multiplicaban; el vencedor se iba á sentar agotado en el camino del triunfo definitivo.